

Anatomía de una historia: el crack, los Contras y la CIA

La tormenta sobre “Alianza Oscura”

PETER KORNBLUH

Traducción de Carlos Agudelo

Reproducido con autorización de *Columbia Journalism Review*. © 1997 *Columbia Journalism Review*.

De acuerdo con una investigación publicada en 1996 por el periódico San José Mercury News, de Estados Unidos, durante la mayor parte de la década pasada una red de traficantes de drogas de San Francisco vendió toneladas de cocaína a bandas de Los Angeles y canalizó millones de dólares en utilidades de drogas hacia guerrilleros de la llamada “Contra” en Nicaragua, con el apoyo de la Central de Inteligencia Americana (CIA) en Estados Unidos. Esta red abrió el primer conducto entre los carteles de las drogas colombianos y los barrios negros de Los Angeles, lo que convirtió a esa ciudad en la capital del ‘crack’ del mundo. La serie de reportajes del Mercury News provocó una aguda controversia sobre los métodos de trabajo y los alcances del periodismo investigativo en la prensa norteamericana. El debate fue analizado así por la revista *Columbia Journalism Review*.

Después de que Gary Webb gastara más de un año en una intensa reportería investigativa y semanas de redacción, sus editores en el San José Mercury News decidieron publicar su serie de tres partes el pasado agosto de 1996, cuando la atención de la nación estaba dividida entre la política y las vacaciones. La serie, *Alianza oscura: la historia tras la explosión del crack*, inicialmente “se hundió entre las Convenciones Demócrata y Republicana”, recuerda Webb. “Yo estaba muy sorprendido por la poca atención que generó”.

Webb no tenía que haberse preocupado. Posteriormente su historia se volvió la pieza de periodismo más comentada de 1996 y tal vez el más famoso—algunos dirían infame—grupo de artículos de la década. De hecho, desde su publicación, “Alianza Oscura” se ha transformado en lo que el reportero de The New York Times Tim Weiner, ha llamado una “metahistoria”—un fenómeno de ira pública, teoría de conspiración, y reacciones de los medios que han trascendido la misma serie original.

La serie, y la respuesta a ella, han provocado una cantidad de

preguntas fundamentales en el periodismo. La reportería original—sobre los lazos entre una pandilla de traficantes de drogas nicaragüenses, contrarrevolucionarios apoyados por la CIA, y el aumento del crack en California— ha provocado críticas sin paralelo del *Washington Post*, *The New York Times* y *Los Angeles Times*. Su decisión editorial de asaltar, en lugar de avanzar, la historia del Mercury News ha provocado, a su vez, comentarios críticos sobre las prioridades de estos pilares de la prensa más influyente.

Aún así, los alegatos generados por el Mercury News siguen vigentes, especialmente entre las comunidades de color. Ciudadanos y periodistas quedan en libertad de sopesar las fallas significativas de la pieza contra el valor de poner un asunto serio, que la prensa no ha explorado completamente, de regreso en la agenda nacional.

DROGAS Y CONTRAS REEDITADOS

Aunque muchos lectores de los artículos del Mercury News pueden no haberlo sabido, “Alianza Oscura” no fue el primer lazo reportado entre la guerra de los Contras y el contrabando de drogas. Hace más de una década surgieron

denuncias de que las fuerzas de los Contras, organizadas por la CIA para derrocar el gobierno Sandinista en Nicaragua, estaban de acuerdo con traficantes de drogas, con el conocimiento de funcionarios de Estados Unidos.

La Associated Press publicó la primera historia de este tipo el 20 de diciembre de 1985. Los periodistas Robert Parry y Brian Barger, de AP, reportaron que tres grupos de Contras "se han involucrado en el tráfico de cocaína, en parte para ayudar a financiar su guerra contra Nicaragua". Aun siendo tan dramática, la historia casi no salió, debido a la presión de funcionarios de la administración Reagan. (Ver "Narco-Terrorismo: un cuento de dos historias", CJR, septiembre, octubre, 1986). De hecho, la Casa Blanca libró una campaña concertada tras bastidores para ensuciar el profesionalismo de Parry y Berger y para desacreditar todos los reportajes sobre los Contras y las drogas.

Que la campaña hubiera sido la causa o no, el caso es que el cubrimiento fue mínimo. Mientras que periódicos regionales como el San Francisco *Examiner*—que en junio 23 de 1986 publicó una revelación de primera página sobre Robert Meneses, figura central en la serie del *Mercury News*—abrieron un campo significativo sobre las conexiones de las drogas y los Contras, los periódicos más grandes y las cadenas (con excepción de CBS) dedicaron poca atención al tema. La actitud de la prensa más influyente fue tipificada durante la conferencia de prensa de noviembre de 1987, realizada para presentar el informe final sobre los Comités Congresionales Conjuntos en el caso Irán-Contras. Cuando un reportero investigativo se levantó para preguntar al principal

abogado de los comités si los legisladores se habían encontrado con alguna conexión entre los Contras y el tráfico de drogas, un corresponsal de *The New York Times* le gritó despectivamente desde el otro lado del pasillo: "¿Por qué no hace una pregunta seria?"

Aun cuando el Comité Especial del Senado en Terrorismo, Narcóticos y Operaciones Internacionales, presidido por el Senador John Kerry, publicó su largamente esperado reporte, Drogas, Aplicación de la Ley y Política Exterior, el cubrimiento de los grandes medios constituyó poco más que un bostezo colectivo. El reporte de 1166 páginas—cubría no sólo operaciones encubiertas contra Nicaragua, sino también relaciones con Panamá, Haití, las Bahamas, y otros países involucrados en el negocio de las drogas— fue el primero en documentar el conocimiento de Estados Unidos del tráfico de drogas, y su tolerancia, bajo la excusa de la seguridad nacional. "En nombre del apoyo a los Contras", concluyó el Comité de Kerry en una triste pero apabullante acusación, los funcionarios "abandonaron la responsabilidad que tiene nuestro gobierno para proteger a los ciudadanos de todas las amenazas contra su seguridad y bienestar".

Aún así, cuando el reporte se dio a conocer el 13 de abril de 1989, el cubrimiento fue escondido en las páginas traseras de los principales periódicos e ignorado por las tres cadenas principales. El *Washington Post* publicó un corto artículo enfocado tanto en las peleas dentro del comité como en sus descubrimientos; *The New York Times* publicó una pieza corta; *Los Angeles Times* publicó una historia de 589 palabras. (Todo

esto contrastó ampliamente con las largas refutaciones de la serie del *Mercury News* siete años más tarde —que colectivamente totalizaron más de 30,000 palabras). *Nightline* de ABC decidió no cubrir la publicación del reporte.

Consecuentemente, el reporte del Comité Kerry fue relegado al olvido; y se perdieron oportunidades para explorar pistas, ocuparse de las obstrucciones de la CIA y del Departamento de Justicia que los investigadores del Senado dicen haber encontrado. La historia, concede Doyle McManus, el jefe de la oficina de Washington de *Los Angeles Times*, "no recibió el cubrimiento que merecía".

EVOLUCION DE UNA METAHISTORIA

La historia del *Mercury News* "tocó un nervio vivo de una forma que nuestras historias no lo había hecho", observa Robert Parry. Una razón es que las historias de Parry y Berger se habían enfocado en el tráfico de drogas antiséptico en la alejada Centro América. El cuento de Webb trajo la historia a casa, enfocándose en lo que él identificó como la red de distribución, y su blanco: el interior de las ciudades de California. La historia encontró audiencias listas, particularmente entre las comunidades afro-americanas, devastadas por la plaga del crack y desesperadas por información y respuestas. La historia reverberó desde los seguidores de Farrakhan hasta los más moderados comentaristas negros. "Si esto es cierto, entonces millones de vidas de negros han sido arruinadas y la cárceles y prisiones americanas están ahora atestadas de jóvenes prisioneros afro-americanos debido a una cínica conspiración de la CIA que históricamente ha

operado por fuera de la ley”, escribió Carl T. Rowan, el columnista sindicado.

La propagación de “Alianza Oscura” como un reguero de pólvora fue aún más interesante porque tuvo lugar sin la participación de la prensa más influyente. En su lugar, la historia se difundió a través de los nuevos medios de comunicación, Internet y la radio hablada negra, dos canales de información diferentes pero, en este caso, simbióticos.

Con Internet, como lo dijo Webb, “uno ya no tiene que ser el *Washington Post* o *The New York Times* para crear una historia nacional”. Entendiendo esta realidad de los medios, Mercury Center, el sofisticado servicio en línea del *Mercury News*, dedicó una cantidad considerable de tiempo de su personal para preparar la publicación simultánea de las historias de “Alianza Oscura” en el World Wide Webb. En la versión en línea, muchos de los documentos citados en las historias fueron puestos en el sitio del Mercury Center, ligados a la historia: grabaciones de audio de interceptaciones y audiencias, artículos de seguimiento del *Mercury News* y otros medios.

A medida que Webb comenzó a dar la dirección de su historia en el sitio del Mercury News en la red (<http://www.sjmercury.com/drugs/>) y en los programas de radio, el número de entradas aumentó dramáticamente, alcanzando algunos días hasta 1.3 millones. En total, Bob Ryan, quien dirige el Mercury Center, estimó que un incremento del 15% en visitantes desde que las historias aparecieron. “Para nosotros —dijo— ciertamente ha respondido a la pregunta: ¿hay alguien escuchando allá afuera?”

La demografía del tráfico en la Red es desconocida, pero algunos

especialistas en medios creen que el creciente número en el Mercury Center refleja en parte lo que el columnista sindicado del *Chicago Tribune*, Clarence Page, llama una “ciberconciencia negra” emergente. Servicios en línea y otros servicios de red pusieron la serie disponible para estudiantes, periódicos, estaciones de radio y organizaciones comunitarias afro-americanas. Patricia Turner, autor de *Me enteré de que*, el estudio definitivo sobre cómo la información viaja a través de la América negra, sugiere que ésta es “la primera vez que Internet ha electrificado a los africanos-americanos” en esta forma. “El telégrafo negro”, anota Jack White, un columnista de *Time Magazine*, refiriéndose a la red informal de palabra a palabra usada desde los días de la esclavitud, “se ha movido al ciberespacio”.

Los shows hablados de radio orientados hacia los negros amplificaron este fenómeno al dar la dirección del sitio en la red. Al mismo tiempo, los programas de llamadas se convirtieron en el punto focal de información y debate. Los anfitriones afro-americanos de los shows hablados usaron sus programas para referirse a las acusaciones de la complicidad de la CIA en la epidemia del crack, y la respuesta del público fue fuerte. El poder de la radio hablada se demostró cuando la congresista Maxine Waters fue invitada al show de Lisa Mitchell en *WOL* Baltimore el 10 de septiembre, y anunció que la reunión de Junta de Congresistas Negros de esa semana trataría el tema de la “Alianza Oscura”. Se esperaba a doscientas personas. Asistieron casi dos mil.

La presión política, organizada en todo el país y canalizada a través de la Junta de Congresistas Negros, empujó tanto a la CIA

como al Departamento de Justicia a iniciar investigaciones internas sobre las acusaciones de la complicidad del gobierno en el tráfico de crack. Incluso John Deutch, entonces director de la CIA, tuvo que dejar los seguros confines de su cuartel general en Langley para viajar a Watts y dirigirse a un cabildo de ciudadanos preocupados por las denuncias del *Mercury News* —un evento sin precedentes.

Para entonces, la serie “Alianza Oscura” se había convertido en el tornado de 1966, con información, desinformación, alegatos y especulaciones volando a través de las ondas electrónicas día tras día. Una acusación común emergió en los programas de radio hablados de los negros: el gobierno de Estados Unidos había conspirado para usar el tráfico de crack deliberadamente con el fin de hacer daño a la comunidad afro-americana. “CIA” ahora significaba “Crack en América”, o, como lo declaró la representante Cynthia McKinney en el Congreso, “Agencia Central de Intoxicación”. Miles de copias de “Alianza Oscura” fueron entregadas en cabildos a lo largo del país, jugando con “los más profundos temores —a veces lanzándose a la paranoia— que han perseguido el tema de la raza en América”. El *Boston Globe* editorializó en octubre. “Siempre hemos especulado sobre esto”, dijo Joe Madison, un anfitrión de un programa de radio de Washington, quien junto con el activista Dick Gregory fue arrestado frente a la CIA a mediados de septiembre en un acto de desobediencia civil. “Ahora tenemos la prueba”.

LAS HISTORIAS EN SÍ

En el primer tratamiento del fenómeno del *Mercury News* por



parte del *Washington Post* —que apareció en la sección de Estilo el 2 de octubre— el reportero de los medios Howard Kurtz notó “sólo un problema” con la controversia: a pesar de amplios indicios, la historia de Gary Webb nunca “realmente dice que la CIA sabía sobre el tráfico de drogas”. En una entrevista con Kurtz, Webb declara que su historia “no prueba que la CIA apuntó a comunidades negras. No dice que esto fue ordenado por la CIA”.

¿Qué dijeron en realidad las historias del *Mercury News*? La larga serie de tres partes cubrió las vidas y conexiones de tres criminales profesionales: “Freeway” Ricky Ross, tal vez el más reconocido traficante de crack en los Angeles en los años 80; Oscar Danilo Blandón Reyes, un expatriado derechista nicaragüense, descrito por un fiscal asistente de Estados Unidos como “el más grande traficante nicaragüense de cocaína en Estados Unidos”; y Juan Norwin (Norvin en algunos documentos) Meneses Cantarero, un amigo del caído dictador Anastasio Somoza, de quien se alega trajo a Blandón al negocio de las drogas para apoyar a los Contras y le entregó, por un periodo indeterminado de tiempo, cantidades significativas de cocaína.

La primera entrega de la serie, titulada *Las raíces de la plaga del ‘crack’ están en la guerra de Nicaragua*, abre con dos declaraciones dramáticas:

Durante la mayor parte de la década, una red de traficantes de drogas del área de la bahía de San Francisco vendió toneladas de cocaína a las bandas de los Crips y los Bloods de Los Angeles y canalizó millones en utilidades de drogas a un ejército guerrillero latinoamericano manejado por la Central de

Inteligencia Americana en Estados Unidos.

En el segundo párrafo, que capturó aún más la atención del público, se lee:

Esta red de drogas abrió su primer conducto entre los carteles de las drogas colombianos y los barrios negros de Los Angeles, una ciudad conocida ahora como la capital del ‘crack’ del mundo.

El resto del artículo intenta apoyar esas aserciones y explicar “cómo el negocio de cambiar la cocaína por armas apoyó la política de Estados Unidos y socavó a la América negra”.

La segunda entrega, titulada *Un trío disparateo crea un mercado masivo para el ‘crack’*, dio muchos más detalles de la alianza entre Ross, Blandón y Meneses y su papel en la explosión del crack. La tercera parte, *Una guerra contra las drogas de impacto desigual para los negros de Estados Unidos*, se enfocó en un tema que enfurece a muchos en la comunidad afro-americana: discrepancias en las sentencias dadas a negros y a blancos por tráfico de cocaína, como se ilustra en los casos de Blandón y Ross. Ross recibió cadena perpetua sin la posibilidad de excarcelación; Blandón pagó 28 meses de cárcel y se convirtió en un informante del gobierno, muy bien pagado.

En una defensa de Webb publicada en el *Sun* de Baltimore, Steve Weinberg, un antiguo director ejecutivo de Editores y Reporteros Investigativos (Investigative Reporters and Editors) arguye que el reportero llevó la historia hacia donde parecía dirigirse —a las puertas de las agencias de seguridad nacional de Estados Unidos. Aun si Webb fue demasiado lejos en algunos párrafos —basado en mi lectura cuidadosa, yo diría que su planteamiento fue limitado, si se dio de alguna manera— él

todavía tenía una investigación significativa y comprometedora que publicar.

De hecho, la serie sí entregó una historia dramática y sin precedentes de dos derechistas nicaragüenses con claras —aunque no necesariamente fuertes— conexiones con los “luchadores de la libertad” del FDN, quienes se volvieron importantes traficantes de drogas. Inexplicablemente escaparon a acusaciones, e hicieron una significativa contribución a los miles de kilos de cocaína que fluyeron a Los Angeles y al interior de otras ciudades en California. “Ellos pagan efectivo”. Una grabación de audio colocada en el sitio de la red (de Internet) presenta a Blandón diciéndole a un asociado que se quejaba de que a él “no le gustaban los negros”. Blandón continúa: “Yo no trato con nadie más. Ellos compran todo el tiempo. Ellos compran todo el tiempo”. El testimonio de Blandón ante el gran jurado y en el juicio —el cual Webb llama, sobredramatizando, “records de la corte”— junto con una orden y oficio de registro del departamento del sheriff en 1986 y un reporte del Departamento de Prueba y Libertad Condicionada, documenta que una cantidad indeterminada de fondos iban a parar a las arcas de los Contra, posiblemente hasta 1986.

Mucha menos convincente fue la evidencia que el *Mercury News* presentó para ligar a los nicaragüenses con la misma CIA. Pero no por falta de ganas. Pasajes especulativos como “Freeway Rick no tenía ni idea de cuán ‘enchufado’ estaba su erudito proveedor de cocaína (Blandón). El no sabía sobre Norwin Meneses y la CIA”, estaban claramente dirigidos a implicar el involucramiento de la

CIA. Como una evidencia implícita del conocimiento de la CIA y su participación en el tráfico de drogas, los artículos enfatizaban las reuniones entre Blandón y Meneses por un lado (identificados sin evidencia de apoyo como funcionarios del FDN) y los líderes del FDN Adolfo Calero (identificado sin corroboración como un “viejo” operador de la CIA) y Enrique Bermúdez (identificado como “un agente de la CIA”). Para asegurarse, el FDN era, como lo describen los artículos, el “ejército de la CIA”—una fuerza paramilitar creada, entrenada, financiada, equipada y mayormente dirigida por la CIA. No obstante, los artículos fallaron en distinguir entre los funcionarios de la CIA que dirigieron la guerra de los Contras —y los “agentes” nicaragüenses u “operadores” tales como Calero y Bermúdez, quienes fueron puestos en la nómina de la CIA para propósitos de control, apoyo y/o información. Mientras que para algunos ésta puede parecer una diferencia trivial —“No hay ninguna diferencia si la CIA entregó los kilos ella misma, o si voltearon la cabeza mientras alguien más lo hacía, ellos son igual de culpables”, dijo la Representante Maxine Waters en un foro de Los Angeles— los artículos ni siquiera tocaron la posibilidad de que los funcionarios de la CIA a cargo hubieran sabido sobre estas operaciones de drogas.

Aún más, un pasaje crítico que Webb escribió para sugerir que el mismo Blandón tenía conexiones con la CIA que el gobierno estaba tratando de ocultar, citó documentos de la corte fuera de contexto. Webb reportó que “fiscales federales obtuvieron una orden de la corte previniendo a los abogados de la defensa [de

Ross] de meterse con las conexiones [de Blandón] con la CIA”. El citó luego esta moción como una afirmación de que Blandón “admitiría que era un traficante a gran escala de cocaína, y no hay ningún beneficio adicional para ningún defendido averiguar sobre la Agencia Central de Inteligencia”. Pero Webb omitió otra parte de la sentencia, que dice: “la amenaza de averiguar es simplemente una jugada de cambio”, así como el párrafo de la moción, que declara:

“Los Estados Unidos creen que tales afirmaciones no son ciertas, y que la amenaza para hacer tales afirmaciones está únicamente destinada a disuadir a los Estados Unidos de seguir adelante con esta acusación...”

Estas omisiones dejaron la impresión de que el Fiscal Asistente, L. J. O’Neale, estaba intentando ocultar una conexión con la CIA, cuando una lectura de la moción completa mostró que su propósito declarado era impedir que el abogado de la defensa de Ricky Ross desviara el proceso de la acusación.

Blandón, según la historia de Webb, implicó a la CIA en la aprobación del tráfico de cocaína cuando le dijo a un gran jurado federal en San Francisco que después de que los Contras comenzaron a recibir fondos oficiales de la CIA, la agencia no necesitaba más dinero de las drogas. “Cuando el señor Reagan llegó al poder, comenzamos a recibir mucho dinero”, declaró. “Y la gente que estaba a cargo era la CIA, así que no tenía que levantar ningún dinero [de drogas] porque ellos tenían, ellos tenían todo el dinero que querían”. En ese punto, él dijo, “comenzamos a hacer negocios por nosotros mismos”.

A pesar de lo intrigante de la declaración, ni Webb ni sus

editores parecieron haber notado que esta declaración contradecía algunas tesis de “Alianza Oscura”. Ronald Reagan llegó al poder en 1981; la CIA recibió su autorización inicial de US\$19.9 millones más tarde, en el transcurso del año, para organizar la guerra encubierta contra Nicaragua. Si Blandón y Meneses dejaron de apoyar al FDN en ese momento, no podría ser cierto que “por la mayor parte de una década” las ganancias millonarias de las drogas pudieron haber sido canalizadas hacia los Contras. Ni tampoco podría ser cierto que esta alianza oscura con los Contras fue responsable de la epidemia de crack en California a principios de los años ochenta.

Esta inconsistencia demuestra el problema predominante en la serie: la dificultad para usar el testimonio de Blandón ante la corte y el gran jurado, que es a menudo impreciso —Blandón en un momento parece fechar la ascensión de Reagan al poder en 1983— y contradictorio. Particularmente en relación con la línea de tiempo desde cuando encontró a Meneses, apoyó a los Contras, rompió con Meneses, y se convirtió en el mentor y proveedor de Ricky Ross —una serie de fechas críticas para el alegato central, según el cual esta red de traficantes nicaragüenses abrió el mercado de algunas ciudades norteamericanas al tráfico de crack para financiar la guerra de los Contras— el testimonio de Blandón y otros documentos son vagos o inconsistentes, o las dos cosas a la vez.

En un seguimiento inusual evaluando la controversia sobre “Alianza Oscura”, el veterano de treinta años del *Mercury News*, Pete Carey, revisó las discrepancias en el testimonio de Blandón y otras grabaciones.

Webb, según Carey, reconoció que le haría daño a la serie “si se mirara sólo el testimonio de Blandón. Pero no lo hicimos. Miramos otras fuentes”. La otra evidencia, señala Carey, incluyó el oficio del sheriff del condado en 1986 para el registro de las casas de Blandón en el cual “tres informantes confidenciales dijeron que Blandón todavía estaba enviando dinero a los Contras”. Mientras Carey desplegó toda la evidencia disponible “para que los lectores se formaran su propia opinión”, dice, la serie original no lo hizo. La omisión dejó a la serie vulnerable a los ataques.

LA RESPUESTA DE LOS MEDIOS

Inicialmente los medios nacionales recibieron la serie con un silencio enmudecedor. Ningún artículo en profundidad fue publicado en los principales periódicos en el mes de septiembre sobre la creciente controversia. Las cadenas de televisión estuvieron similarmente silenciosas ese mes, con excepción de CNN, que emitió varias piezas, y NBC, que hizo un reporte en profundidad en *Nightly News* (Noticias Nocturnas) el 27 de septiembre. A pesar de las presiones de algunas personas de la empresa y de gente de afuera, *Nightline* (Línea Nocturna), de Ted Koppel, no hizo nada hasta el 15 de noviembre, cuando Deutch, el director de la CIA, hizo su cabildo abierto en Watts; *Newshour* (Hora de Noticias) de PBS (Public Broadcasting System), de Jim Lehrer, también usó el tema de Deutch para su emisión del 18 de noviembre.

En algunos casos, la ausencia o aplazamiento del cubrimiento reflejó el escepticismo profundamente enraizado de reporteros veteranos quienes

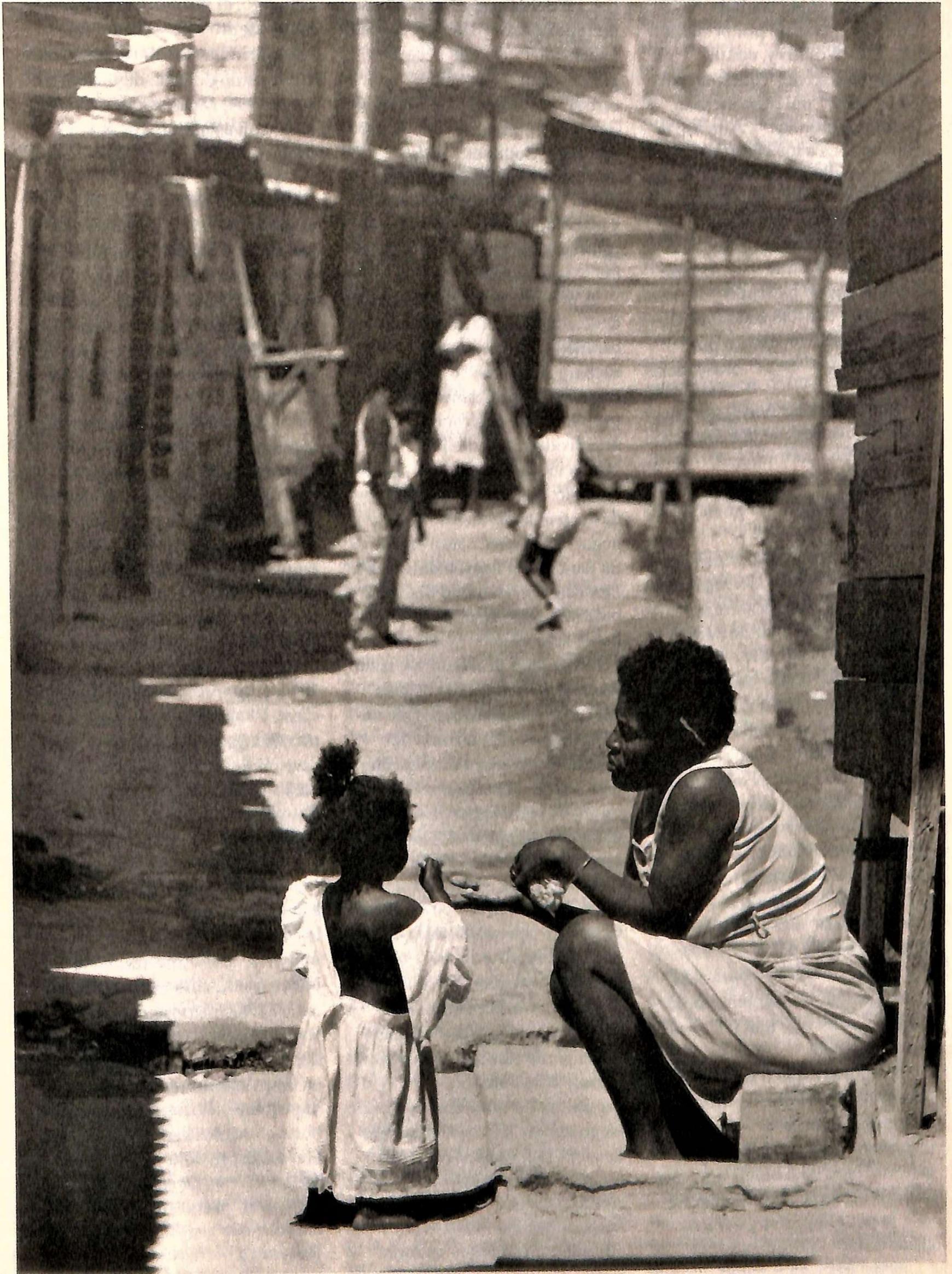
habían cubierto la guerra de los Contras. Un reportero de periódico que ha escrito sobre inteligencia durante una década comparó los artículos a “la escena de un crimen que se ha alterado”, haciendo la verdadera historia difícil de obtener. “Alianza Oscura”, sugirió, era “un cocido de hechos duros, suposiciones y cálculos insensatos”. Para David Corn de *The Nation*, los reclamos de Webb “no estaban bien sustentados; eso era muy obvio al leer la historia”. Weiner, de *The New York Times*, estuvo de acuerdo en que la declaración inicial de que millones en fondos de drogas habían sido enviados a los Contras “no estaba apoyada en el cuerpo de la historia”. Sobre la primera lectura, el jefe de la oficina de Washington de *Los Angeles Times*, Dayle McManus, opinó que “Alianza Oscura” era “una gran historia”; después de revisarla más, concluyó que “la mayoría de las cosas que son nuevas no son ciertas y la mayoría de las que son ciertas no son nuevas”. De todos los periodistas consultados que habían escrito sobre la guerra de los Contras, solamente el que originalmente descubrió la historia de drogas y Contras, Robert Parry, sintió que “Alianza Oscura” era creíble. “No me impresionó como ‘Oh, eso es exagerado’”.

Fue la presión del público la que eventualmente forzó a los medios a referirse a las denuncias de Webb. El *Washington Post* después de un debate interno sobre cómo manejar la historia, publicó primero el 4 de octubre *La CIA y el crack: falta evidencia de supuesta conspiración*, un largo—y duro—reporte escrito por Roberto Suro y Walter Pincus. “Una investigación del *Washington Post*”, declaró el artículo, había determinado que “la información disponible no

apoya las conclusiones de que los Contras apoyados por la CIA —o Nicaragua en general— jugó un gran papel en el surgimiento del crack como un narcótico de uso generalizado en Estados Unidos” —un argumento raro desde que “Alianza Oscura” se había enfocado más que todo en el surgimiento del crack en California. El artículo enfatizaba partes del testimonio de Blandón en la corte, donde limitó el tiempo en que estuvo conectado a los Contras a 1981-82, pero no mencionó, sin hablar de evaluar, la evidencia contradictoria de que el dinero de la droga de Blandón estaba siendo lavado a través de un banco de Miami para la adquisición de armas para los Contras posiblemente hasta 1986. La desestimación de la serie por Suro/Pincus, combinada con una pieza compañera sobre la susceptibilidad de la comunidad negra a las teorías de conspiración, sólo sirvió para alentar la controversia.

El 21 de octubre, *The New York Times* cubrió el mismo terreno que el *Post* —encontrando “escasa evidencia” para las afirmaciones del *Mercury News*— pero con un tratamiento más mesurado. Un largo artículo por Tim Golden, —*Aunque la evidencia es pobre, la historia de la CIA y las drogas tiene vida propia*, examinó cómo y por qué “Alianza Oscura” había resonado a través de las comunidades afro-americanas, los problemas con la evidencia y las políticas que rodeaban el tema.

A pesar de su longitud, la pieza de Golden fue opacada por la masiva refutación de tres entregas publicada por *Los Angeles Times*, que comenzó el 20 de octubre. A diferencia de los periódicos de la costa este, *Los Angeles Times* había sido “chiviado” en su propio patio



trасero en un tema que tenía que ver con su propia ciudad.

“Cuando vi la serie por primera vez”, Leo Wolinsky, editor metropolitano del Times, dijo al *L.A. Weekly*, “me puso un gran taco en el estómago”. Aun así, le tomó un mes a los editores (quienes culparon a los planes de vacaciones y a las convenciones por la tardanza) comenzar a pensar cómo seguir al *Mercury News*. Una consulta a la oficina de Washington pidiendo dirección y consejo trajo un memo sustantivo, escrito por McManus, que hacía énfasis tres puntos:

* La oficina de Washington no tenía experiencia en la historia del crack en California; el escritorio de L.A. tendría que encargarse del asunto por sí mismo;

* Había habido reportes anteriores sobre los Contras y las drogas, incluyendo California —especialmente uno de Seth Rosenfeld, del *San Francisco Examiner*, publicado en 1986. Aunque la afirmación inicial de “millones” en dinero de las drogas que fueron a parar en manos de los Contras no estaba sustanciada, “había algo ahí”.

* Las denuncias sobre la protección del gobierno a Blandón y a Meneses eran las partes “más convincentes y problemáticas” del descubrimiento del *Mercury News* y era un terreno fértil para más investigación. En ese sentido, el memo recomendó una política de campo abierto.

McManus explicó su respuesta: “Yo dije: ‘No hay falta de fuentes o fuentes terriblemente débiles en la historia. Hay frascología aquí que es deshonesto. Pero obviamente vale la pena regresar y ver qué podemos establecer’”.

Tanto McManus como Wolinsky niegan que la respuesta

del *Times* fue “como un golpe a la serie del *Mercury News*”. Pero un reportero del Times reconoció haber sido “asignado al equipo para atrapar a Gary Webb” y a otro se le oyó decir: “le vamos a quitar el Pulitzer a ese tipo”. La apertura “Sobre esta serie” dejaba claro que las piezas del *Times*, explícitamente, atacarían y negarían la validez de todas las principales afirmaciones hechas en “Alianza Oscura”.

A pesar de todos los esfuerzos dedicados a tratar de destacar las carencias del *Mercury News*, sin embargo, el *Times* se encontró con algunos de los mismos problemas de hipérbole, selectividad, y credibilidad que estaba intentando develar. Por ejemplo, la primera entrega destacó muchos de los negociantes que habían jugado un papel en la llegada del crack a Los Angeles. El punto era mostrar que Ricky Ross pudo haber sido un *gran* protagonista, pero no era *el* protagonista, como lo sugirió Webb, en la llegada del crack a los barrios negros de Los Angeles. “La historia del génesis del crack y la evolución está llena de un repertorio de caracteres intercambiables, desde billonarios despiadados hasta comerciantes callejeros, ninguno de los cuales es central en el drama”, escribió Jesse Katz, basado en su reportería y en la de otros seis reporteros del *Times*. “Aun en el mejor día que tuvo Ricky Ross, había mucha más cocaína allá afuera de la que él podía jamás controlar”, dijo Katz citando a un detective de narcóticos de San Fernando, y luego anotó: “Cómo la epidemia de crack llegó a ese extremo, a ese nivel, no tuvo nada que ver con Ricky Ross. Antes, durante y después de su reinado, una abrumadora cantidad de otros traficantes y proveedores ayudaron a alimentar la crisis”.

Menos de dos años antes, sin embargo, el mismo Jesse Katz había escrito a Ross como un verdadero Dr. Moriarty del crack. Un artículo de Katz de diciembre 20 de 1994, *Depuesto rey del crack*, abrió con esta dramática declaración:

“Si hubo un ojo en la tormenta, si hubo un cerebro criminal tras el largo reinado de una década del crack, si hubo un delincuente capitalista más responsable por inundar las calles de Los Angeles con cocaína mercadeada masivamente, su nombre fue Freeway Rick...Rick Donell Ross hizo más que cualquier otro para democratizar el crack, elevando el volumen, cortando precios, y regando la enfermedad en una escala nunca antes concebida.

O Katz era culpable de una amplia exageración en 1994 o estaba rebajando la evidencia que tenía en 1996. Si Ross fue “clave para la dispersión del crack en L.A.”, como dijo el *Times* en 1994, entonces su proveedor clave, Blandón, tuvo por lo menos alguna parte de la responsabilidad por la “democratización” del crack que Gary Webb le adjudicaba.

La segunda entrega, escrita por McManus, se apoyó en tres asociados anónimos de Blandón y Meneses, quienes negaron que los dos habían “mandado millones” a los Contras; ellos creían que la cifra era cercana a los US\$50,000, porque los traficantes de drogas estaban llenos de deudas, y no ganancias, en los primeros años. Tal vez más importante, *Los Angeles Times*, obtuvo una declaración de Dawn García, quien editó la pieza del *Mercury News*, de que la cifra de “millones” era una extrapolación, basada en la cantidad de coca que Blandón y Meneses habían vendido entre 1981 y 1986 combinada con el testimonio de

Blandón de que todo iba para los Contras.

Pero el *Times*, como el *Post*, tomó las piezas del testimonio de Blandón ante la corte en cual limitaba sus relaciones de drogas con los Contras a un corto periodo en 1981 y 1982.

Al mismo tiempo que buscó subestimar las especificidades de "Alianza Oscura", la pieza de McManus en realidad avaló la tesis de la conexión contra/crack. A los dos traficantes de drogas nicaragüenses sobre los que había escrito Webb, el *Times* agregó dos miembros más: el primo de Meneses, Jairo Morales Meneses, y Renato Peña Cabrera. Ambos fueron arrestados por cargos de cocaína en noviembre de 1984. A diferencia de Blandón y Norvin Meneses, cuyas descripciones en la serie de Webb como funcionarios de FDN fueron cuestionadas por los críticos, Renato Peña tenía un papel verificable, ya que había servido como secretario de prensa del FDN en California.

La pieza de McManus crédulamente pintó un retrato de la CIA como una agencia consciente y respetuosa de la ley. Incluyó abundantes testimonios de prominentes funcionarios de la CIA y del Departamento de Justicia —mientras que fallaba en informar a los lectores de algunos de los escándalos en la guerra de los Contras— afirmando que la CIA nunca toleraría el tráfico de drogas o negando que había habido alguna interferencia gubernamental con los procesos contra los traficantes de drogas conectados a los Contras. Esto a pesar de la existencia de documentación contradictoria.

De hecho, los tres periódicos ignoraron evidencias de mensajes clasificados de e-mail del Consejo Nacional de Seguridad y *The New York Times* y *The Washington Post* ignoraron

evidencias halladas en los cuadernos de notas de Oliver North, que servían de apoyo a la premisa subyacente de la serie del *Mercury News* —que los funcionarios de Estados Unidos condonaban y protegían a los traficantes de drogas y de esa manera apoyaban la causa de los Contras. La pieza de *The New York Times* del 21 de octubre ni siquiera mencionó el reporte del Comité Kerry. "Hace una década, los medios nacionales hundieron la historia Contra-drogas", observó David Corn en *The Nation*. "Ahora es, ha estado ahí, ha hecho eso".

LAS REPERCUSIONES

El 23 de octubre, el Comité Selecto del Senado en Inteligencia tuvo su primera audiencia sobre la polémica desatada por las denuncias sobre los Contras y las drogas. Jack Blum, el anterior investigador principal del comité Kerry, fue el principal testigo. Blum declaró que sus investigaciones no habían encontrado ninguna evidencia en absoluto de que la comunidad afro-americana era un blanco particular de una conspiración para vender cocaína - crack o que altos funcionarios de Estados Unidos tenían una política de apoyar a los Contras a través de la venta de drogas. Pero, testificó además, "si usted pregunta si el gobierno de Estados Unidos ignoró el problema de las drogas y subvirtió la aplicación de la ley para prevenir situaciones embarazosas y para premiar a sus aliados en la guerra contra los Contras, la respuesta es sí".

Una historia difundida en *World News Tonight* (Noticias Mundiales esta noche), de ABC, sobre la audiencia, abrió con la declaración de "no evidencia" de Blum, pero excluyó cualquier referencia al resto de su

testimonio. *The New York Times* publicó una historia de AP sobre la audiencia, pero cortó las referencias al testimonio de Blum. *Los Angeles Times* cubrió la audiencia, pero falló en siquiera mencionar al principal testigo y su testimonio.

Para los creyentes en conspiraciones, ese no-cubrimiento levantó el espectro de la colaboración del gobierno y los medios para enterrar la historia de los Contras y la cocaína. Esto es exagerado. Aun así, el furor sobre "Alianza Oscura" y la respuesta de los grandes medios a ella pone sobre el tapete dramáticamente el tema del periodismo responsable e irresponsable —particularmente en una era de creciente cinismo del público tanto hacia el gobierno como hacia la prensa institucional.

Para muchos en los medios, la reportería de Webb permanece en el centro del debate sobre la responsabilidad periodística. Un veterano productor de televisión se quejó del impacto de "Alianza Oscura" en la profesión. "Esas historias han abaratado la moneda del medio". Otro reportero veterano pregunta: "¿Puede alguien dudar de que Gary Webb añadió dos más dos y resultó con 22?" En el *Washington Post*, los principales directivos encabezados por Stephen Rosenfeld, editor asistente de la página editorial, incluso rehusaron imprimir una carta al editor escrita por Jerry Ceppos, el editor ejecutivo del *Mercury News*, relacionada con la crítica del *Post* a la serie. Aunque Ceppos había reescrito la carta varias veces a pedido del *Post*, Rosenfeld la consideró como "desinformación".

En su columna del 10 de noviembre la propia ombudsman del periódico, Geneva Overholser, objetó la decisión, así como la respuesta del *Post* a la "Alianza Oscura". "Hay otra

respuesta apropiada, una más importante, y es: '¿Existe algún mérito para las preguntas muy serias que originó la serie?'

El punto de vista de Overholser resonó dentro del *Post*. "Hay mucha infelicidad", dice un editor. "Mucha frustración. ¿Por qué cogerla con el *Mercury News*? Hay un reconocimiento de que sería apropiado hacer algo distinto". Ese reconocimiento condujo a la publicación de una pieza de seguimiento titulada *CIA, Contras y drogas: preguntas que todavía permanecen*. Esta reportó que en 1984 la CIA había autorizado a un grupo Contra en Costa Rica a recibir aviones y dinero en efectivo de un prominente traficante de drogas colombiano entonces bajo acusación en Estados Unidos. Los aviones fueron usados para transportar armas a los Contras y luego drogas hacia los Estados Unidos.

Claramente, había espacio para avanzar en la historia sobre los Contras y las drogas más que simplemente denunciarla. De hecho, en el *Post*, *The New York Times*, *Los Angeles Times*, y otros importantes oráculos, el curso del periodismo responsable pudo haber tomado diversos caminos, entre ellos: un tratamiento histórico del contrabando de drogas durante las operaciones encubiertas de la CIA en Indochina, Afganistán y América Central; una investigación sobre la supuesta obstrucción, por el Departamento de Justicia y la CIA, de la investigación del Comité Kerry a finales de los años 80; una evaluación de la mendaz insistencia de Oliver

North, después de que la serie del *Mercury News* fue publicada, de que "ningún funcionario del gobierno de Estados Unidos" jamás "toleraría" el tráfico de drogas como parte de la guerra de los Contras; y un seguimiento sobre varias de las pistas intrigantes en "Alianza Oscura". "La gran pregunta está todavía colgando allá afuera", dijo uno de los reporteros de *Los Angeles Times*, quien no estuvo de acuerdo con la decisión de los editores de simplemente enlodar "Alianza Oscura". "¿Qué sabía el gobierno y cuando lo sabía? Esta historia no está ni mucho menos acabada".

Con seguridad, la serie "Alianza Oscura" fue una pieza de reportería sobreescrita y con fuentes problemáticas. Repetidamente prometió evidencias que, en una lectura atenta, no entregó. Al hacerlo, el *Mercury News* tiene parte de la responsabilidad por el furor, a veces distorsionado, que las historias generan en el público. (Un trabajo de edición riguroso podría haberle evitado al *Mercury News* tal responsabilidad y todavía resultar en una importante revelación). "Webb ha convencido a miles de personas de sus afirmaciones que todavía no son ciertas ni apoyadas", dice McManus. "Esto poluciona el debate público".

Aún así, el *Mercury News* fue el único responsable de estimular este debate. Este periódico regional logró algo que ni *Los Angeles Times*, ni *The Washington Post*, ni *The New York Times* habían estado dispuestos a hacer: retomar una historia significativa que había sido inexplicablemente

abandonada por los grandes periódicos, hallar una nueva dimensión en ella y por consiguiente ponerla de regreso en la agenda nacional, donde pertenece. "Hemos sacado a la luz una historia de diez años que claramente es de gran interés para el público americano", podría reclamar correctamente Ceppos.

La negligencia no reconocida de la gran prensa hizo eso posible. De hecho, si los periódicos más importantes hubieran dedicado la misma energía y la misma tinta a investigar el escándalo de drogas de los Contras en los años ochenta como lo hicieron para atacar la historia del *Mercury News* en 1996, Gary Webb probablemente nunca habría tenido su primicia.

Y habiéndose revelado a sí misma como incapaz de seguir las pistas y poner la historia a descansar, la prensa enfrenta un desafío en el asunto de los Contras y la cocaína no muy diferente al del gobierno: restaurar su credibilidad frente a la desconfianza del público sobre la percepción de su papel en el manejo de estos asuntos. "Una de las responsabilidades principales de la prensa está en proteger a la gente de los excesos del gobierno," señaló Overholser. "El *Post* (y otros medios) mostraron más energía en proteger a la CIA de los excesos periodísticos" [que en averiguar la verdad]. La gran prensa declinó su deber más grande: por lo tanto carga con el fardo más pesado.